

das obtener conservando costumbres puras é irreprehensibles. Pero si por servir á tu patria abandonas esas virtudes, ¿de qué utilidad la servirás, luego que te hayas vuelto un impúdico y un péfido?

## XXXI.

Si prefieren á otro que á tí en un festín, en una visita ó en algun consejo, mira bien si estas preferencias son bienes verdaderos, y felicita á los que las han obtenido; pero si son males, ¿por qué has de sentir el que te hayan exceptuado de ellos? Acuérdate, de que no haciendo nada para merecer estas distinciones, que no dependen de nosotros, no tienes derecho alguno á ellas.

Del mismo modo que aquel que jamás va á la puerta de los grandes: que no los acompaña quando salen, y que no los lisongea: que no puede ni debe esperar el ser tratado tan bien como aquel que diariamente les hace la corte: que se halla siempre al paso, y que sin cesar los alaba. Tú eres injusto é insaciable, si quieres obtener estos favores sin comprarlos por su justo precio.

¿Cuanto cuestan las lechugas en el mercado? Un quarto, por exemplo. Si alguno da este quarto, y se las lleva; tú, que nada ofreces, ¿creerás tener menos que aquel á quien las vendieron por su dinero? Si él tiene sus lechugas, tú tambien tienes tu quarto. Lo mismo sucede con todos esos honores. No te han convi-

dadó á un festín; pero tampoco has pagado al dueño de él el precio á que lo vende: este precio es una adulacion, una complacencia y una sumision. Si la cosa te conviene, págala; porque querer obtenerla sin gasto alguno, es ser injusto é insaciable. Por otra parte, ¿no tienes que substituirle á ese festín? Tú tienes ciertamente algo que le es preferible, y es, el no haber lisongeado al que no hallabas digno de ello, y el no haber sufrido el estar á su puerta aguantando su orgullo y sus desdenes.

## XXXII.

Bien podemos conocer la intencion de la naturaleza por los sentimientos que inspira á todos

los hombres en lo que no les interesa personalmente. Por exemplo, quando el esclavo de tu vecino há roto un vaso ú otra cosa, no dexas de decirle, que eso es una cosa que sucede muy á menudo, solo por consolarlo. Muestra, pues, la misma tranquilidad, si al tuyo le sucede lo mismo.

Apliquemos esta máxîma á objetos mas serios. Si alguno pierde la muger ó el hijo, no hay nadie que no le diga, que esa es la suerte de la humanidad; pero si nosotros nos hallamos en el mismo caso, nos desesperamos, y gritamos al instante: "¡Ah! ¡y quan desgraciado soy!" Entonces era preciso acordarse de la sangre fria con que oímos el que á otro le habia sucedido el propio accidente.

[ 100 ]

XXXIII.

Como jamás nos proponemos tal ó tal cosa para que nos salga mal : del mismo modo la naturaleza del mal no existe en el mundo.

XXXIV.

Si alguno entregára tu cuerpo á la discrecion del primero que llegára , te indignarías sin duda ; pero no te avergüenzas de abandonar tu alma , permitiendo al primero que llega , y te llena de injurias , que la turbe y la aflija á su gusto.

XXXV.

Nada hagas sin considerar

[ 101 ]

primero lo que debe preceder , y lo que debe seguirse á la accion que proyectas. Si refrenas esta regla , empezará alegramente tu empresa , porque no habrás previsto sus resultas ; pero viendo al fin quanto tiene de vergonzoso , te llenarás de confusion.

XXXVI.

Tú quisieras lograr la victoria en los juegos olímpicos , y yo tambien , por cierto , porque nada hay mas glorioso. Pero examina bien antes lo que precede , y sigue á una empresa semejante ; y piensa en ella despues de este exâmen. Desde luego es preciso que te sujetes á una regla severa , esto es , no comer sino por necesidad : abstenerse de to-

G 3

da delicadeza : hacer los ejercicios aunque con disgusto , y á las horas señaladas en invierno y verano : no beber jamás frio , ni vino tampoco , á menos que no te lo manden : en una palabra, someterte sin reserva al maestro de los ejercicios, como á un Médico. Despues te será preciso baxar á la palestra, y allí, puede ser te rompas un brazo, te disloques un pie, tragues mucho polvo, seas aporreado, y despues de todo esto, correr el riesgo de ser vencido.

Si has hecho todas estas reflexiones, sé atleta si tú quieres. Pero sin esta precaucion, harás lo que los muchachos, que, en sus juegos, remedan unos despues de otros á los que luchan, á los tocadores de flauta, á los

gladiadores, que tan presto suenan la trompeta, y un instante despues representan tragedias. Lo mismo sucederá contigo : tú serás sucesivamente atleta, gladiator, orador y filósofo; y en el fondo del alma no serás nada. Tú imitarás, como un mono, todo lo que veas hacer á los otros, y todos los objetos te agradarán á la vez, porque no has emprehendido nada despues de un maduro exâmen, sino temerariamente, y arrastrado de la ligereza de tu juicio y de tus deseos. De este modo, algunas gentes, al ver á un filósofo, ú oyendo decir á otros : “ ¡ Qué bien habla „ Eufrates ! ; Quién puede ra- „ ciocinar, y explicarse con mas „ fuerza y mas sentido ! ” Forman al instante el proyecto de

hacerse sabios ellos mismos.

## XXXVII.

¡Ó hombre! considera desde luego lo que intentas emprender; exâmina despues tu naturaleza, para ver si la carga que te impones es proporcionada á tus fuerzas. Si quieres ser combatiente ó luchar, mira antes tus brazos y tus muslos, y ensaya la fortaleza de tus riñones; porque no hemos nacido todos para las mismas cosas. ¿Piensas que abrazando la profesion de filósofo podrás comer, beber, y vivir con la delicadeza que lo hacias? Es necesario velar, trabajar, separarse de los parientes y amigos, y sufrir los desprecios de una esclavitud: es preciso espe-

rar toda suerte de humillaciones, olvidar la prosecucion de los honores, de los empleos en los tribunales; en una palabra, todos los negocios. Considera atentamente todo esto, y ve si quieres comprar á este precio la tranquilidad del alma, la libertad y la constancia: si no, ten cuidado de no ser á todo momento, como los muchachos, hoy un filósofo, mañana partidario, seguidamente rector, y despues Intendente del Príncipe. Estas cosas no concuerdan. Es menester resolverte á no ser sino un solo hombre, bueno ó malo. Es preciso que cultives tu entendimiento, perfecciones tu razon, ó te ocupes unicamente de tu cuerpo. Es indispensable que trabajes para adquirir los bienes interiores ó exteriores; es

decir, que es preciso sostengas el carácter de filósofo, ó el de un hombre ordinario.

## XXXVIII.

Todos los deberes se miden generalmente por las relaciones que unen á todos los hombres entre sí. ¿Es tu padre? pues debes cuidarle, cederle en todo, sufrir sus reprimendas y sus malos tratamientos. ¡Pero este padre, es malo! ¿Qué importa? ¿Te habia ligado la naturaleza necesariamente á un buen padre? No: pero á un padre, sí. Si tu hermano te ha hecho una injusticia, cumple tus deberes con él, y no pienses en lo que ha hecho, sino en lo que debes hacer, y en lo que la naturaleza

exige de tí. En efecto, nadie puede ofenderte como tú no quieras; y no serás herido verdaderamente, sino quando pienses que lo estás. Sigue esta regla: ten siempre delante de los ojos las relaciones mútuas establecidas entre los hombres, y conocerás facilmente los deberes de un vecino, de un ciudadano, y de un General.

## XXXIX.

Sabe que el principal fundamento de la religion es el tener ideas sanas y razonables de los dioses; el creer que existen y gobiernan el mundo con tanta justicia como sabiduría; el persuadirse á que debes obedecerlos, y someterte sin murmurar

á los accidentes que ocurran, como producidos por una inteligencia infinitamente sábia. Con esta opinion de los dioses, jamás podrás quejarte de ellos, ni acusarlos de indolentes hácia tí.

Pero solo hay un medio de llegar á este punto, y es el renunciar todas las cosas, sobre las quales no tienes poder alguno, y no colocar tu felicidad ó tu desgracia sino en lo que está en tu mano; porque si tomas por un bien ó por un mal algunas cosas extrañas, es preciso necesariamente, que al verte burlado en lo que deseas, ó afligido de los males que temes, vengan á ser te los autores de tus infortunios, el objeto de tu aversion y de tus quejas.

En efecto, la naturaleza ins-

pira á todos los animales la separacion y el aborrecimiento á lo que le parece dañoso, y en general á todas las causas malélicas; y el mismo instinto los lleva, por el contrario, hácia aquello que les es útil, y tambien á amar las causas de sus sensaciones agradables. Es imposible al que cree haber recibido algun daño, el mirar á su autor con gusto; porque no puede uno alegrarse del mal que experimenta: tal es el motivo de las reconvenciones que un hijo hace á su padre quando éste le niega lo que pasa por bueno; y de aquí provino la guerra cruel de Éteoclo y Polinice, que se degollaron por haber mirado el uno y otro el trono como un gran bien; y de aquí, en fin,

se han originado tantas murmuraciones contra la providencia de parte del Labrador , del Piloto, del Mercader , y del esposo que acaba de perder á su esposa ó á sus hijos ; porque la devocion hácia los dioses , se mide por el bien que hacen ; y así , todo hombre que cuida de arreglar sus deseos y sus aversiones , segun las máximas prescritas , trabaja al mismo tiempo en hacerse piadoso.

En quanto á las libaciones, á los sacrificios y á las primicias que se acostumbra ofrecer á los dioses , cada uno debe seguir sobre este punto la costumbre de su país , y presentarlas con pureza , sin hipocresía , sin negligencia , sin avaricia ; pero tambien, sin suntuosidad que exceda sus propios medios.

Quando vas á consultar el oráculo , ignoras lo que debe suceder , y vas á saberlo. Pero si fueras filósofo , sabrías sin su socorro qual sería el suceso : si es una de aquellas cosas que no están en nuestro poder , no puede ser para tí , ni un bien , ni un mal. No llesves , pues , ni manifiestes tampoco al adivino , ni repugnancia , ni deseo ; porque entonces te llegarías á él temblando : persuadete por el contrario á que quanto pueda suceder es indiferente , que no te toca , y que sea de la naturaleza que fuere , en tu mano estará el hacer de ello un buen uso , sin que nadie pueda estorvartelo. Presentate , pues , con con-

[ 112 ]

fianza delante de los dioses, como si fueras á pedirles consejo. Luego que hayan hablado, ó pronunciado sus oráculos, piensa en la dignidad de aquellos que acabas de tomar por guías, y cuya autoridad despreciarás si no los obedeces.

No obstante, no vayas á consultar el adivino, sino segun las advertencias de Sócrates; esto es: sobre las cosas que no pueden congeturarse ni preverse, ni con la razon, ni con las reglas de ningun arte. Si se trata, por exemplo, de exponerte al peligro para defender al amigo ó á la patria, es inútil preguntar al oráculo, qual sea el partido que debas tomar en semejantes circunstancias; porque si el adivino te declarára que leía en las en-

[ 113 ]

trañas de las víctimas alguna cosa funesta, cierto es que esta señal te anunciaría, ó la muerte, la pérdida de algun miembro, ó el destierro; pero la recta razon, de acuerdo con los dioses, no dexaría de prescribirte el sacrificar tus dias para salvar tu patria ó tu amigo. Cree entonces á un adivino mas ilustrado; éste es Apolo Piciano, que arrojó de su templo al que vió degollar á su amigo sin socorrerlo.

X L I.

Prescribete desde ahora una regla cierta, y un carácter constante que te sirva de ley, y de la qual no te apartes jamás, sea en medio de la sociedad, ó sea quando estés solo contigo mismo.

Tomo III.

H

Calla con frecuencia ; no digas sino las cosas necesarias , y siempre en pocas palabras. Nosotros hablaríamos rara vez , si no hablásemos sino quando los tiempos y las circunstancias lo exigiesen. No nos ocupáramos jamás en cosas frívolas : no hablaríamos , ni de combates de gladiadores , ni de juegos del círculo , ni de los atlétas , ni de la qualidad de los manjares , ni de los vinos , que son las cosas que ordinariamente dan pábulo á las conversaciones. Pero guardémonos , sobre todo , de hablar de los hombres , ya sea para desacreditarlos , ya para alabarlos , ó ya para hacer comparaciones entre ellos.

Si está en tu mano , procura hacer con tus discursos que la conversacion de tus amigos recayga siempre sobre questões útiles y convenientes ; y si estás , ó te hallas con extrangeros é indiferentes , calla.

No rias mucho , ni con frecuencia , ni con exceso.

Reusa , si puedes , el jurar por lo que quiera que sea ; ó á lo menos , jurar muy rara vez.

[ 116 ]

XLVI.

Evita el comer fuera de tu casa ; y huye sobre todo de los públicos festines. Si absolutamente no puedes excusarte de ello, dobla entonces la atencion sobre tí mismo , no sea que insensiblemente contraygas las costumbres del pueblo. Porque si el uno de los convidados es impuro , y estás junto á él , te expones á serlo tú necesariamente , aunque jamás lo hayas sido.

XLVII.

No uses de las cosas necesarias al cuerpo , como el beber, el comer , el vestirse y alojarse, y el tener criados , sino en quan-

[ 117 ]

to lo exíge la simple necesidad; y pon límites á todo lo que no sirve sino de ostentacion y regalo.

XLVIII.

Abstente , en quanto sea posible, de los placeres del amor, antes de casarte : si los disfrutas, que sea segun la ley. Pero no juzgues con demasiada severidad á aquellos que sobre este punto tienen principios menos severos; no los reprehendas agriamente, y no publíques , ni te alabes á todo momento de tu continencia.

XLIX.

Si te cuentan que han hablado mal de tí , no te entretengas en justificarte , y responde

H 3

[ 118 ]

solamente: "Ese tal no ha conocido mis demas defectos , por-  
que entonces habria hablado  
mucho peor de mí."

L.

No hay necesidad de ir con frecuencia á los teatros ; pero quando se presenta la ocasion de parecer en él , no favorezcas á ningun partido , y no trates de agradar á otro que á tí solo ; esto es : no desees que suceda , sino lo que suceda , y queda gustoso con que la victoria la obtenga el vencedor ; por este medio esperarás el suceso con tranquilidad.

Evita sobre todo el tomar parte en las aclamaciones , en las risas , y en los grandes movimien-

[ 119 ]

tos de los espectadores del teatro ; porque nada de todo esto es capaz de hacerte mejor ; y se concluirá de ello , que el espectáculo ha sido el que solo ha llamado tu admiracion.

L I.

No vayas á las lecturas públicas de los poetas y oradores , y no te dexes arrastrar á ellas ligeramente. Pero si asistes , conserva la decencia y la gravedad , sin ofender con ninguna señal de displicencia al que te ha convidado.

L II.

Quando tengas que tratar algun negocio con alguno de los principales de la villa , represen-

H 4

[ 120 ]

tate lo que en tu lugar habria hecho Sócrates ó Zenón. Siguiendo iguales modelos, no harás nada que no sea razonable, y tu imaginacion no tendrá que temer un extravío.

LIII.

Si vas á hacer la corte á algun hombre poderoso, imagínate que no lo encontrarás en casa, que se ocultará, que hallarás la puerta cerrada, ó que no te recibirá sino con un desdén insultante. Despues de todas estas reflexiones, si allí te llama la obligacion, sufre estas humillaciones, y no digas que el objeto no valia la pena; porque este es el lenguaje del pueblo, y de aquellos sobre los cuales las co-

[ 121 ]

sas exteriores tienen demasiado poder é imperio.

LIV.

En las conversaciones que tengas con tus amigos, guarda-te de hablar continuamente de tus expediciones, ó de los peligros en que te has hallado; porque si para tí es un placer el referirlos, no lo es para los que lo oyen.

LV.

Evita tambien el hacerte el chancero y el bufón; porque el paso es resbaladizo, y correrás el riesgo de contraer insensiblemente las costumbres del pueblo, y de perder la estimacion de tus amigos.

## LVI.

Igualmente es peligroso el tener discursos obscenos. Si asistes á alguna de esas conversaciones, y la ocasion es favorable, reprehende con vigor al que se toma la libertad de propalar semejantes indecentes propósitos; ó á lo menos, hazle conocer tu disgusto con tu silencio, con la vergüenza de tu rostro, y con la severidad de tu porte.

## LVII.

Si á tu imaginacion se le ofrece alguna idea voluptuosa, contente, como sobre todos los demas objetos, por miedo de que esta idea no te arrastre. No ce-

das desde luego al impulso del deseo, y tómate alguna espera. Compara seguidamente los dos instantes, el del goce y el del arrepentimiento, y remordimientos que le seguirán; y no olvides sobre todo la satisfaccion interior que te espera, ni las alabanzas que te darás á tí mismo si resistes.

Quando habrás asegurado el momento en que puedes gozar, ten cuidado de no dexarte vencer del atractivo, ni de las delicias del deleyte: oponles el placer, mayor todavía, de conseguir esta victoria de tí mismo, y de poder darte este testimonio.

## LVIII.

No temas el ser visto quan-

[ 124 ]

do practiques una acción que juzgues conveniente, aunque suceda que el pueblo la dé una interpretación maligna; porque si esta acción es mala, no la hagas; y si es buena, ¿qué te importa la desaprobación de aquellos que te condenan injustamente?

L I X.

Estas proposiciones, ahora es día, ahora es noche, son muy verdaderas separadamente; pero son falsas si se ponen juntas: del mismo modo en un festín, aquel que se apodera de todo lo mejor que sirven, exclusivamente, hace una cosa muy útil para su cuerpo; pero muy mala y muy grosera, si se considera la comunidad, y la igualdad que deben

[ 125 ]

subsistir entre los convidados. Luego, pues, que estés en la mesa de alguno, acuerdate, no solamente de no ocuparte en la calidad de los manjares que se sirvan, y que exciten tu apetito, sino de no separarte del respeto que debes tener al dueño del festín.

L X.

Si representas un papel superior á tus fuerzas, lo ejecutarás mal, abandonando al mismo tiempo el que podrías hacer con aplauso y distinción.

L X I.

Así como evitas con gran cuidado quando te paseas, el no poner el pie sobre un clavo, ni